

El periodismo deportivo en la radio

Juan Miguel Gozalo'

Frente a quienes afirman que, en circunstancias favorables a la afición deportiva, el aspirante a periodista tiene en ese género un objetivo deseable, opino que la realidad es muy distinta, y desde luego menos agitada, pues el número de jóvenes que anhelan trabajar con esta especialidad es inferior a lo que se cree. Pongo un caso concreto de ello: cuando en Radio Nacional se organizan cursos de formación, los asistentes no se muestran entusiasmados con esta parcela informativa, y parecen interesarles en mayor medida la economía, la política o incluso el área de sociedad. Todo lo anterior nos retrotrae a una dificultad característica del periodismo deportivo, derivada del escaso margen de maniobra que, de acuerdo con un tópico muy habitual, le queda a quien se interna en este ámbito. De algún modo, el estudiante considera que la información política le permite unas ambiciones que, desde luego, el deporte no propicia.

Ahora bien, esa prevención de los jóvenes locutores puede explicarse si entendemos una idea generalizada entre los *santones* del periodismo español, quienes aún piensan que el deporte es un género informativo de segunda fila. Obviamente, este prejuicio delata una paradoja, pues parece difícil desdeñar el área deportiva cuando ésta viene a ser el sustento de no pocas empresas radiofónicas. Sirva el ejemplo de la Cadena SER, en cuyos índices de audiencia se adivina que, de no contar con programas de este orden, perdería el setenta por ciento de los oyentes.

Por desgracia, eso parece importar poco. Basta con pensar en quiénes recogen premios como el Mariano de Cavia o el Luca de Tena. Si alguna vez lo llega a obtener un periodista deportivo, es muy posible que se trate de un homenaje póstumo. Y conste que no exagero. Tal fue el caso de mi querido compañero Pedro González, premiado tras su fallecimiento. Es paradójico, y más bien insólito, pero a nadie se le ocurrió entregarle el galardón mientras vivía, para de ese modo destacar su excelente trabajo en la radio y en la pequeña pantalla.

¹ *Periodista y actor radiofónico, distinguido por su labor en programas deportivos. Entre los espacios más conocidos de su trayectoria figuran Radiogaceta de los deportes y Tablero deportivo. A ello cabe añadir una prolífica labor en prensa escrita y televisión.*

Dada la especificidad de nuestra materia, no creo que haya muchos informadores políticos o económicos hábiles para narrar con propiedad un acontecimiento futbolístico. Y sin embargo, hay cronistas del deporte con un talento envidiable, lo cual les permite interpretar y dar forma a cualquier noticia. A título puramente indicativo, citaré figuras como Antonio Valencia, Miguel Ors, Pedro Sardina y Manuel Alcántara, poeta y gran aficionado al boxeo.

Es posible, sin embargo, que ese desinterés tan recalcitrante por nuestra faceta sea un reflejo de una opinión más extendida en el entorno académico. Y es que, pese a su importancia social y aun económica, el periodismo deportivo no es un objeto de estudio frecuente y escasean las tesis doctorales que analicen sus entretelas y perspectivas. Obvio es insistir en el escaso relieve con que suele detallarse la trayectoria de quienes lo cultivamos. En definitiva, todo vuelve a perfilar la postura de aquellos *santones* que antes traje a colación.

Desde luego, no es éste el único problema de nuestro gremio. La radio moderna, como tal vez sepa el lector, está acusando la formación de grupos en apariencia irreconciliables, tanto a nivel empresarial como profesional. Sin duda, hoy estamos sumidos por completo en el tribalismo, lo cual es muy preocupante. Pongo por caso el choque entre José María García y José Ramón de la Morena; una realidad bien difundida, pero bajo cuya faceta anecdótica late el fondo de esta parcelación que señalo. Algo sin duda errado, pues la existencia de grandes bloques mediáticos, enfrentados entre sí, afecta muy particularmente a los profesionales. Por ejemplo, cuando una corporación dispone de medios paralelos –televisiones, periódicos deportivos–, éstos acaban reiterando qué primicia ha facilitado antes el locutor de su franja empresarial. Y esa competencia se intensifica, revelando el aspecto menos deseable de la concentración mediática. Naturalmente, el periodista debiera mantener su individualidad y, en todo caso, espero que ese fraccionamiento se vaya atenuando, al menos en lo que concierne a nuestra parcela.

Bajo este punto de mira, parece obvio que las cosas han cambiado mucho desde la vieja era del periodismo deportivo. En todo caso, esa perspectiva histórica me anima a dar cuenta de mi trayectoria como oyente y locutor. Una trayectoria que, además, abarca buena parte del género: desde aquellos programas dominicales de Radio Nacional, liderados por profesionales como Paco Cantalejo, Manolo Gil y Juan Martín Navas, hasta esta actualidad que a todos nos atañe. Ciertamente, no me resulta difícil describir este mundo y recordar cómo lo percibía entonces.

Empieza mi carrera en el cuadro de actores de la Cadena SER. Yo era un intérprete de diez años y esta especialidad me hizo crecer en emisoras como Radio Juventud, Radio Madrid y Radio Intercontinental. Para no salirnos del tema que justifica estas líneas, resumiré mi trayectoria escénica con un par de datos: fui ascendiendo categorías hasta convertirme en galán, y así llegué a protagonizar alrededor de cuatrocientos seriales. Gracias a ello, compartí el micrófono con las grandes voces que cultivaban esta especialidad, como Matilde Conesa, Pedro Pablo Ayuso, Juana Ginzo, Aurora Hermida, Fernando Forner y María Elena Domenech. Por otro lado, esa veteranía me permite hacer memoria del inicio de muchas carreras. Un ejemplo: yo estaba en Radio Juventud de España cuando Luis del Olmo llegó a nuestra emisora desde la delegación de Ponferrada. Eso ocurrió en torno a la década de los cincuenta, de manera que la retahíla de anécdotas es abundante, y también lo es la lista de compañeros con quienes he podido compartir horas de emisión.

Pero volvamos al escenario deportivo. Fue un viejo periodista, Ángel López Peña, quien advirtió mi afición por el balompié, un pasatiempo que yo practicaba durante el tiempo libre que me dejaba mi tarea de actor. Pensando que me agradaría la propuesta, él me ofreció la posibilidad de colaborar en espacios de información deportiva. Alrededor de 1964, comencé a hacer transmisiones de partidos, y también trabajé en *Antorcha*, un programa de Radio Juventud. Posteriormente me incorporé al equipo de Radio Nacional, donde participé en seriales y emisiones de radioteatro, además de presentar *magazines* como *Alborada* y *Punta de látigo*. Luego, con el paso del tiempo, me fui apartando de las producciones dramáticas para especializarme en el mundo de los deportes.

El cambio no fue tan extremo como pueda imaginarse. Quizás actores y locutores deportivos no compartan las mismas experiencias, pero es claro que pueden compartir métodos y recursos. Siempre he sostenido que el profesional encargado de transmitir un partido ha de tener algo de intérprete. De hecho, esa cualidad es provechosa en cualquier presentador, pues éste ha de enfatizar cada palabra y modular la fonación. Por consiguiente, para describir a través de la radio las evoluciones de un futbolista en el campo son muy necesarias esas dotes interpretativas, y además hace falta un adecuado empleo del diafragma, sobre todo a la hora de cantar un gol.

Maestros en esta práctica fueron Matías Prats y Enrique Mariñas, quienes compartieron tareas en el locutorio desde 1942. Otro dúo de fama fue el integrado por Juan Martín Navas y Joaquín Ramos, excelentes profesionales que, a la hora de transmitir un partido, se diferenciaban de la otra pareja en dos detalles importantes: eran menos emotivos en la narración y preferían describir los detalles de cada jugada sin esa carga de impresiones.

Bien es cierto que, a la hora de mencionar a estos magníficos precursores, conviene tener en cuenta la inexistencia de la televisión en aquellos días. Un detalle que no es accesorio, pues el público no podía corroborar en la pequeña pantalla todo aquello que se le iba relatando, y eso permitía al periodista ciertas libertades. El paso del tiempo y la generalización del espectáculo televisivo han modificado substancialmente el proceso. En la actualidad, la audiencia enciende el receptor para *ver* el partido y, de modo simultáneo, sintoniza su emisora favorita para *escuchar* la crónica radial. De esta fusión, muy común entre los aficionados al fútbol, se desprende una dificultad para quienes se encargan de narrar el acontecimiento, y es que el oyente advierte a la perfección cuanto sucede en el estadio, de modo que ya no parece posible la inexactitud del relator. Puede que antaño fuera viable referir animosamente una jugada, exagerando el detalle o interpretando con fabulosa libertad una hazaña. Hoy ese esfuerzo resulta inútil, pues los telespectadores adivinan cualquier extravagancia en la crónica.

Al margen de este matiz, nos toca distinguir la importancia de parejas como las citadas. A decir verdad, tuvieron ese tipo de profesionales especial aptitud para describir con eficacia los movimientos de cada jugador, situándolo en el campo para que los oyentes imaginasen cuanto sucedía sobre la hierba. En esta línea, yo los considero adelantados de la emoción, dado que, al fin y al cabo, son las emociones un componente muy distinguido en el proceso.

Es lamentable, pero por parte alguna se encuentra en la actualidad ese equilibrio tan eficaz entre detalle y sentimiento. A la hora de transmitir, es mucho más habitual que la fórmula clásica se distorsione con una excesiva carga dramática y, sobre todo, con opiniones constantes. Claro que no es esto algo que consiga persuadirme, aunque el diagnóstico alcance a la mayoría de los actuales radiofonistas deportivos.

Según parece, el oyente moderno disfruta con la controversia, la emotividad, el arrebató. Sin embargo, carecemos de una encuesta seria en torno a este tipo de inclinaciones, lo cual impide establecer criterios con una base científica. A mi modo de ver, la audiencia que supera los veinticinco años de edad prefiere ser informada con eficiencia. Pero el modelo más frecuentado es el de la tertulia de opinantes, no siempre con un criterio respaldado por el conocimiento técnico. Obviamente, no cabe eludir esa faceta, aunque sería adecuada una menor beligerancia, de modo que cada oyente pudiera extraer sus propias consecuencias. Para que ello fuese posible, el aporte informativo tendría que ocupar el 85 por ciento del programa, dedicando el porcentaje restante a ese conjunto de pareceres que, en modo alguno, debieran convertirse en un dictamen inapelable.

Esa mudanza en los gustos y los métodos queda de manifiesto si repasamos la historia de los programas deportivos más conocidos de la radio española. El más antiguo de todos ellos, *Carrusel deportivo*, surgió en 1954 bajo la dirección de Vicente Marco. Su objetivo era narrar cada domingo la evolución y resultado de los partidos en juego. Desde su origen hasta el final de la etapa de Marco, hacia 1982, el programa mantuvo un tono más sosegado e informativo que el deseado por sus actuales responsables. De hecho, este espacio de la SER pretende hoy ganarse la fidelidad de una audiencia juvenil y, quizá por ello, mantiene un ritmo frenético que llega a la histeria.

Dos años después del nacimiento de *Carrusel*, Radio Nacional comenzó a emitir *Tablero deportivo*. El propósito y la estructura son muy similares en ambos formatos, pues ambos relatan cuanto sucede durante los partidos dominicales. No obstante, hay una diferencia substancial, y es que la radio pública no incluye cuñas publicitarias, lo cual favorece la naturalidad en la secuencia de trabajo.

Desde la década de los ochenta, dirijo *Tablero deportivo*. A pesar de su aparente frenesí, dicho espacio resulta distendido, pues no exige otro procedimiento que la conexión con cada uno de los campos futbolísticos donde se ofrece una novedad. En todo caso, el posible enardecimiento lo proporcionan el ritmo y goleada de cada partido.

Otro de los títulos que surgieron en la década de los cincuenta fue *Radio-gaceta de los deportes*, lo cual hace de éste el programa deportivo diario más veterano de la radio española. Entre sus conductores, quiero destacar la excelente labor de Juan Antonio Fernández Abajo y, posteriormente, la de Joaquín Ramos, con quien tuve la oportunidad de colaborar. Actualmente dirijo y presento este espacio, y al hacerlo procuro mantener el tono de mis predecesores.

Por lo que hace a Radio Nacional de España, los profesionales del área deportiva tenemos la fortuna de atender a una audiencia que se acostumbró al buen hacer de parejas como las que mencioné más arriba. De hecho, somos sus herederos y, durante cada transmisión, pretendemos alcanzar aquel tono épico que los caracterizó, pero sin llegar al desgarró y al mal gusto. De igual manera, procuramos cuidar la vocalización y, salvando las distancias, admiramos la riqueza léxica de aquellos pioneros, tan lejana del escaso rigor con que algunos periodistas actuales emplean el lenguaje.

Es, ante todo, necesario insistir en este último defecto, cuya extensión delata un problema de mayores alcances. Según parece, quienes dirigen los medios de comunicación dan prioridad a la afluencia de cuñas publicitarias, sin preocuparse a un mismo tiempo por el nivel de los profesionales

que posibilitan ese ingreso económico. De hecho, a casi nadie parece interesarle que el locutor deportivo emplee el lenguaje con seguridad y abundancia conceptual y léxica.

En esta perspectiva, es aún más lamentable esa carencia cuando se advierte la riqueza del *argot* que conlleva nuestro oficio. Podría citar multitud de metonimias y metáforas, por lo común de orden bélico, con las cuales se ha ido enriqueciendo la transmisión futbolística. Como ejemplo mínimo, citaré una frase de Matías Prats que ahora me viene a la memoria: «El balón ha pegado en la cepa del poste». Una expresión que, a cierto nivel, puede parecernos una barbaridad, pero que resulta extremadamente vigorosa.

De los comentaristas al estilo de Prats puede subrayarse un magisterio que, con el tiempo, ha prendido en toda una diversidad de cromatismos y proporciones dinámicas, ordenada bajo la denominación de *escuelas*. Si bien descreo de la fijeza de ese tipo de corrientes, es cierto que se han escrito monografías acerca de las formas de transmitir propias de la escuela andaluza o de la escuela de Barcelona. No obstante, tiendo a pensar que cada comentarista, más que con una escuela, tiende a identificarse con un sentimiento, un carácter. A nadie se le oculta que quienes somos vehementes lo reflejamos ante el micrófono, y algo idéntico sucede con los locutores más serenos. Por lo tanto, es innegable que, al transmitir en directo un partido de fútbol, ningún periodista puede enmascarar su temperamento y, menos aún, su nivel cultural.

Otro tema polémico que suscita el modelo actual de la radiofonía deportiva guarda relación directa con sus contenidos. En ocasiones pudiera decirse que no hay otra disciplina a tratar que la futbolística. Si estableciéramos un porcentaje temático, cabría comprobar que el 85% de cada programa se dedica al balompié y, de ese margen, un 70% estaría consagrado a dos equipos, el Real Madrid y el Fútbol Club Barcelona. Como espejo de las preferencias que muestran los oyentes, ese esquema queda desequilibrado en perjuicio de otros deportes que, a pesar de su belleza, carecen de la agitación competitiva del fútbol. No deja de asombrar ese protagonismo, y ello debe animarnos a discernir, una vez más, entre el deporte profesional, lucrativo, espectacular, y el deporte lúdico, semilla de otros valores, a veces tan estético y bello como pueda serlo la gimnasia rítmica. Lo que tienen de distinto ambas actividades invita a reflexionar sobre el fútbol como una manifestación que escapa a lo puramente deportivo. En todo caso, hablamos aquí de un fenómeno social, multitudinario, circense, no exento de matices religiosos, cuyo aplauso colectivo ha respaldado la edificación de un imperio económico.